

Mi propio homenaje a RAF

EVE GIL

René Avilés Fabila celebra este año su cuadragésimo aniversario como escritor, lo que ofrece un espléndido pretexto para hablar acerca de su obra. Bernardo Ruiz lo ha calificado, muy acertadamente, como el más perfectamente iconoclasta, lo cual se refleja no sólo en su escritura sino también en su vida, en su forma de ser. Pudiera decirse que quien lee a RAF ya lo ha conocido, de pies a cabeza, por lo que él mismo nombra “mis amigos” a sus lectores.

La sensación que deja la lectura de cualquiera de sus libros es que se divirtió intensamente escribiéndolos. Aunque, por lo general, un escritor sufre ante la página en blanco (y no dudo que RAF la haya sufrido alguna vez) es evidente que él la domestica y la goza. “La primera regla de un autor –dice el escritor Bernardo Ruiz, durante el homenaje concedido a RAF en Bellas Artes –es no aburrir, el segundo, mostrar, y RAF lo logra. Sus obras completas son para leerse y comentarse.

Ello no significa que carezca de rigor. Él mismo lo dice en uno de los breves textos que componen el segundo tomo de *Fantasías en carrusel* (Obras completas, Nueva Imagen, 2002), titulado *Las musas*: “Qué tragedia nos ocasionó la modernidad, la única fuente de inspiración ya no son las musas (las que contribuyeron al éxito de Homero y Virgilio), son la disciplina y el rigor.”

La posición de RAF dentro de las letras mexicanas contemporáneas está muy clara: Aunque inició su carre-

ra a la par de las de José Agustín y Gustavo Sainz, siendo un veinteañero, y por ello se le llegó a identificar con la llamada Literatura de la Onda, lo cierto es que RAF tiene muy poco en común con estos autores... o con cualquier otro. Si acaso se advierte en su estilo el espíritu de Arreola, su maestro y, por llamarlo de algún modo, descubridor. En concreto: RAF no pertenece a ninguna corriente específica, a ninguna capilla, razón por la cual ha sido deliberadamente ignorado por los capos de nuestra mafia cultural, que piensan que el mundo empieza y termina en Letras libres y en el gabinete de honor de La Ópera. Si acaso, es posible relacionarlo con los intelectuales libres de poses y ataduras que acuden al Salón Palacio (aunque últimamente a los de La Ópera se les ha figurado que es “chic” darse sus vueltas por el mencionado tugurio), pero, independientemente de un grupo de amigos, es difícil clasificarlo o encasillarlo.

La literatura de RAF se ríe de la literatura misma, así como RAF se ríe de sí mismo, y de todos. No tomarse en serio a sí mismo, ha dicho Augusto Monterroso, es síntoma de inteligencia. Todo lo anterior no significa que sus máximas pasiones no sean, en este orden, la escritura y su propia persona, de la que ha extraído tantísima tela para sus libros. A este respecto dice Alberto Dallal: “no se registra sólo a sí mismo, aunque sea narcisista, sino que registra hechos históricos, de cómo pensábamos los jóvenes de los sesentas (como en *Diario de un comunista*) Eso es la verdadera literatura: un gran registro de lo que ocurre en el mundo.

RAF, ni duda cabe, es un personaje polémico que se ha caracterizado por ser tan políticamente incorrecto como su literatura (en su caso, no olvidemos, la escritura es el agua en que se refleja), que lo mismo pone en su lugar a los intocables, que renuncia a un periódico que ha pretendido sesgar su libertad de expresión, aunque haya pasado ahí gran parte de su vida. Como el ave fénix, es capaz de resurgir de entre sus cenizas, una

y otra vez, su revista y su fundación no son sino el fruto de dolorosos renunciamentos y el empeño por abofetear lo que hieda a “oficial”, que no premia el talento sino la servidumbre. RAF no es una imagen prefabricada, ni una pose, simplemente es: un escritor desenfadado que se pone corbata por costumbre. De esos extraños seres que seducen suavemente a sus enemigos hasta transformarlos en amigos, como fue el caso de la espléndida aunque incomprendida escritora María Luisa Mendoza, que actualmente se refiere a RAF como “mi desayunante de los viernes”: “Cuando me conoció y se dirigió a mí como “China”, le dije, ¡sólo mis amigos me llaman China! Ahora lo leo como una obsesa, maravillada con su correcto juego del alma en cada palabra.” Por su parte, el narrador y crítico literario Ignacio Trejo Fuentes, conoció a RAF siendo este un profesor de literatura que arrebatava suspiros a sus alumnas (aunque él permanecía incólume y fiel a su esposa, se apresura a aclarar) y Nacho un jovencito que soñaba con ser escritor, “llegaban los alumnos borrachos a su clase y él los dejaba seguir con la fiesta en el aula”, recuerda Trejo Fuentes, de cuya tesis de grado fue director el propio RAF.

Siendo comunista acérrimo, terco y, si se quiere, anacrónico, RAF es perfectamente capaz de tolerar ideologías opuestas a la suya, tal es el caso de su amistad con José Luis Ontiveros, casualmente, otro espléndido aunque incomprendido escritor, sacerdote de Céline y Pound. Aunque sólo puedo hablar de RAF en cuanto lectora (si bien él considera “amigos” a sus lectores), me temo que pocas cosas logran alterarlo. Por ejemplo: la supina incultura de Nuestro Señor Presidente, o el populacherismo (el término “populismo” le queda muy corto a López Obrador) de nuestro Jefe de Gobierno, gracias al cual resultó tan difícil llegar al Palacio de Bellas Artes el pasado 14 de marzo, cuando el mitin de El Peje coincidió con el homenaje a RAF. Y, aún

entonces, se da el lujo de bromear. “Yo también prometí la proyección de un video con pruebas irrefutables, pero Anamari Gomíz me pidió que mejor lo mandara a Televisa.”

RAF, que ha abordado todos los géneros literarios, y lo mismo se acomoda en el tono realista que en el fantástico, ha sido también notable periodista (Alberto Dallal considera que el periodismo no es un género literario, pero escritores como RAF demuestran que sí lo es), obteniendo el Premio Nacional de Periodismo en 1991, y todo sin renunciar a su ética moral: fue el primero en sospechar de Salinas de Gortari y su crítica a Zedillo originó su salida de Excélsior. También se adelantó por mucho a la ola de detractores de Fox y López Obrador, que no hacen sino leña del árbol caído.

Por todo esto, y mucho más (el espacio es corto) ya le debían a RAF un homenaje... y todas las Odettes y Tantadeles de México, que seguro se llaman así en honor a sus personajes, debieron haber estado en primera fila, “No deja de llamarme la atención el hecho de que ahora recuerdo con gran nitidez sucesos y personas que jamás han existido.”

evelinamaria@poetic.com



Oswaldo Sagástegui